

PRESENTACIÓN

«Por el honor de servir a la Nación».

Con esta divisa, en un tiempo en que la cultura española, y España misma, eran despreciadas en buena parte de Europa, un grupo de novatores decidió reivindicarlas. Crearon para ello una Academia al modo de la Francesa y la italiana de la Crusca, centradas ambas en la defensa y el estudio de la lengua como base de la renovación científica, cultural y social. Toparon los animosos renovadores, abiertos a los aires de Europa, con trabas burocráticas, con recelos y desconfianzas. Pero los protegió el rey y, con el título de *Real* y la tarjeta de identidad *Española*, fueron adelante.

La Real Academia Española cumple ahora tres siglos de servicio, prácticamente ininterrumpido, y trescientos años de vida e historia. No le han faltado en ese tiempo historiadores de algún período, de este o aquel aspecto de sus actividades. A fines del siglo pasado, Alonso Zamora Vicente publicó una magna *Historia*, fuente riquísima de información de todo tipo. Su bloque central es la historia particular de cada una de las cuarenta y seis «sillas», con la biografía, general y académica, de cada uno de sus ocupantes. Y, jalonándola, repasa los *Estatutos*, las sucesivas sedes, las publicaciones; y habla de los que pretendieron acceder y se quedaron a la puerta, de las épocas difíciles y las críticas... Recientemente, con motivo de la Exposición del Tricentenario, los académicos Carmen Iglesias y José Manuel Sánchez Ron, sus comisarios, coordinaron un Catálogo con estudios actualizados sobre esos y otros aspectos nuevos. Será, sin duda, el libro oficial del Tricentenario.

Pero muchos echábamos en falta un relato secuencial, que, al discurrir del tiempo y en estrecha relación con el acontecer político, social y cultural, muestre qué hacía la Academia en cada

momento, cómo ha reaccionado a las demandas de cada época: en una palabra, cómo ha servido al honor de la Nación sirviendo a la lengua que ayer vertebraba a España y hoy vertebra a veinte naciones en la Comunidad iberoamericana y aún fuera de ella. Con el *Diccionario*, la *Gramática* y la *Ortografía* que engarzan la unidad. Porque la vida e historia de la Real Academia reflejan la historia y vida de España.

Animado por algunos compañeros académicos, me decidí a afrontar el reto. Tengo que confesar que me atrapó la historia. En cada recodo de los libros de actas me asaltaron figuras deslumbrantes, episodios para mí desconocidos que son parte de ese reflejo de que hablo o que iluminan tramos de la historia de España. He preferido ceder la voz a los protagonistas y a la propia Academia en su fe de vida. Para facilitar la lectura he modernizado en el cuerpo del texto las grafías antiguas, que conservo en los títulos bibliográficos. En el camino me he detenido a veces para satisfacer curiosidades muy extendidas y que han sido y son objeto primordial de la crítica.

Concluyo el relato histórico en el momento en el que, en la transición finisecular, Fernando Lázaro Carreter, uno de los renovadores históricos de la Real Academia Española, la dejó encauzada en las vías de la modernidad. Me correspondió colaborar con él como secretario de la Casa y sucederle en un largo mandato de doce años. No puedo hacer de estos otra cosa que una crónica, resumen abreviado del preceptivo informe presentado al terminar mi servicio. Como lo viví, lo cuento. Tengo libertad para hacerlo, porque el protagonismo fue colectivo, y no solo de la Española sino de las veintidós Academias de España, América y Filipinas, que ahora forman una sola familia.

Soy deudor de cuantos han historiado la vida y las obras de la Academia. Con sus aportaciones, que voy señalando, he ido trenzando el relato, y de ellas he partido, aquí y allá, para investigar ulteriormente algunos puntos. Muchas gracias a todos, en particular a Pedro Álvarez de Miranda por sus atinadas observaciones, y gracias anticipadas por cuantas sugerencias me formulen.

Debo gratitud especial a Pilar Llull, jefa del Gabinete de Dirección, que ha acompañado con su ayuda continua la preparación, redacción y edición de este libro.

Mi agradecimiento también a M.^a Elvira Fernández del Pozo, por su generosa colaboración en el Archivo académico que tan bien conoce; a Carlos Domínguez Cintas, por su trabajo en la preparación editorial, y su aportación de las Publicaciones académicas; a Julián Gimeno Almenar, supervisor de la nómina bibliográfica; a Rosa Arbolí, directora de la Biblioteca de la RAE, y a su personal colaborador, y a M.^a José López Caballero y Clara Eugenia Fernández Martínez, mis colaboradoras en el Instituto Cervantes.

VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA